

"Aggiornamento" y desfile



Los vientos soplan en dirección al «aggiornamento» y con una fuerza incontenible. Hace poco tiempo una orden religiosa femenina acordó prudentemente la largura de sus faldas. Ahora, como ustedes pueden comprobar, se trata de crear un hábito especial para otra orden que busca la motorización. La escena pertenece a los Estados Unidos. Y la monja que sonríe ante su «scooter» es una hermana de la Asunción y está mostrando el equipo que ha sido diseñado para lanzarse por esas carreteras en alas de la motocicleta.

Hay cierta expectación ante este desfile, al que, junto a jerarquías religiosas, asistió una nutrida representación masculina. El hábito, con casco y todo, mereció la aprobación general de los expertos. Es de esperar que ya circulen por las calles las monjitas motorizadas, ofreciendo una nota amable y simpática en estos tiempos en que se producen con rapidez cambios poco previsibles. Si el ejemplo cunde, que sería lo lógico y esperado, escenas similares a la que nos ocupa dejarán ya de ser novedad.

P.

Estilos españoles

DESDE hace unos años se viene echando de ver un gusto cada vez mayor, en lo que respecta a la decoración de la casa, por los motivos del viejo estilo español y en general por lo arqueológico. La tendencia ha nacido probablemente de un mimetismo aristocrático y ha alcanzado grados de exageración verdaderamente divertidos, de tal manera que un objeto por el simple hecho de ser viejo queda encuadrado dentro de un prestigio casi fabuloso. Que es lo que decía un cierto «cicerone» que hace unos años mostraba el Monasterio del Escorial: «El mérito de este techo, señores, consiste en su antigüedad» o lo que muchos van buscando al Rastro madrileño: cualquier inmundicia con tal que sea auténticamente vieja.

Pero esa tendencia tiene también su lado positivo que es el mayor por cierto y una habitación amueblada con gusto según el viejo estilo español es verdaderamente un remanso de paz, mientras la mezcla de estilo moderno con el viejo nos da también un clima ambiental, muy estimable. No se trata de salir a la caza de pergaminos o de bargueños ni tampoco de rechazar los muebles viejos que se fabrican hoy por artesanos casi siempre y con un sentido de la nobleza del trabajo y del estilo que dan al mueble toda su autenticidad. Se trata de captar el viejo espíritu de la mejor tradición cuyo recuerdo ya unido a esos estilos y hacerlo pervivir entre nosotros. Y para pervivir ese espíritu y ese recuerdo basta solamente a veces un pequeño detalle arqueológico con tal que posea nobleza a un que estuviese fabricado hoy.

Abundan, por ejemplo, las pantallas hechas con hojas de antifonarios o supuestos antifonarios y a todos nos evocan los viejos monasterios de alguna manera, sólo que esa manera me parece bastante ilícita y «pastiche» o falsa ya que nunca fué lo más corriente emplear esas venerables hojas para tal menester, de modo que será mucho más auténtico colgar de una pared un modesto ex-voto popular —y en algunas aldeas castellanas en la casa más pobre de

ellas los hay maravillosos, pintados por rústicas manos de una ingenuidad encantadora— o poner sobre algún mueble un viejo libro de rezos. O hasta algún objeto extraño y misterioso de tantos que usó la vieja alquimia de nuestros abuelos que ellos mismos se fabricaban y que consultando los viejos libros se pueden todavía fabricar. Su función en realidad nunca fué mágica sino puramente decorativa y los contemporáneos lo sabían, pero en el fondo esta vieja raza soñadora que escribía sobre una hidalga casa del norte que «Vivir no es necesario, pero navegar sí», prefería hacer como que creía en la fabricación del oro que despreciaba con bastante orgullo.

Las alacenas, los libros de vieja pasta española, las deliciosas rejillas como las de los confesionarios que matizaban la luz con una pureza que no han conseguido luego las modernas persianas nos atraen ahora a nosotros y, como digo, ello es francamente positivo si no se cae en el arqueologismo. Y estas cosas, exactamente como la popularización de nuestro teatro clásico que cada año va haciéndose más extensa y en los lugares más adecuados y bellos del país, servirán para levantar un auténtico amor a las cosas de nuestra España tan verdaderamente desconocida por nosotros mismos. Y una auténtica democratización de los mejores valores. Porque el día en que las catedrales, los antifonarios, los bargueños, las obras de Lope o «La Celestina» sean apreciados en la forma ortodoxa y profunda

que necesitó todo el decidido apoyo gubernamental y hasta un discreto despliegue de fuerzas policiales para representar en un pueblo del sur una de las picares comedias de Lope a la que se oponían las «fuerzas vivas» que consideraban inmoral que esas cosas que ellos habían estudiado —muy mal por lo que se ve— en el bachillerato se dieran a la gente «vulgar». La representación constituyó un éxito, hasta el punto de ser repetida otras veces, donde las mencionadas fuerzas vivas dedujeron que de no estar muy cerca el fin del mundo para tener que ver estas cosas: «Y hasta por sídidas por las autoridades».

JOSE JIMENEZ LOZANO

EL ESTALLIDO DEL "GHETTO"

A la corta o a la larga todas las injusticias encuentran su contrapartida en la historia. Y lo que en estos días está sucediendo en Los Angeles y en Chicago, no es sino la devolución de tarjeta por las represiones que los blancos llevaron a cabo, sin la menor justificación, en Alabama y en Mississippi. Nuestro siglo está llamado a ser un testigo de excepción en la lucha de los débiles por zafarse de la opresión, sobre la que los fuertes han venido asentando sus privilegios. Continentes enteros permanecen en tensión para impedir que nuevas formas de colonialismo hagan presa en sus recién estrenadas autonomías; de aquí las susceptibilidades de algunos gobernantes, como Nasser o Sukarno —por citar a los más puntillosos—, hacia todo lo que ellos consideran intromisión en sus intereses nacionales. En realidad, es bien exiguo el número de pueblos que aún no han alcanzado su independencia. Pero entre uno de ellos figura el de la raza de color que reside en el mismo corazón de la democracia.

Reducido en «ghettos», el hombre negro se ha visto apartado de la comunidad a la que moral y jurídicamente pertenece. Su aislamiento no tenía otro fin que la creación de un pueblo dentro de otro pueblo. Pero esto que hubiera sido posible con otros grupos étnicos más consolidados, resultó imposible con esta raza traída hace tres siglos en un estado de civilización poco avanzado, y a la que se ha mantenido durante todo este tiempo en un completo ostracismo. Ni su actual idioma, ni su religión, ni su cultura, ni sus costumbres, ni la forma de Gobierno, etc., la pertenecen. Sólo su folklore ha logrado sobrevivir y, ello, no sin mixtificaciones. Arruinada su pobre pertenencia por una cultura superior, al negro ya no le queda más que la pigmentación de su piel, motivo que provoca el aborrecimiento del blanco.

El negro nunca ha sido racista, éste es un lujo que sólo pueden disfrutar las comunidades económicas y culturalmente desarrolladas. Era consciente de que únicamente una integración a la sociedad superior, podía sacarle del estado depresivo a que esa misma sociedad le había llevado.

El hecho de que en tales «ghettos» exista el doble de mortalidad infantil que en los barrios de los blancos. Que los sueldos que perciben sean inferiores al del resto de los trabajadores norteamerica-

nos. Que las industrias y empresas que allí se levantan, en la mayoría de los casos, no pertenezcan a miembros de su raza. Que la educación sea mucho más deficiente. La delincuencia seis veces superior. Sus hogares más viejos y pobres. Y, sobre todo, la certidumbre que poseen de que jamás podrán disfrutar de un buen empleo o de una situación de estima en relación con sus «conciudadanos» blancos; constituye una clara prueba de su frustración como individuos y como grupo. Las «reservas» que constituyeron un día la ruina del indio americano, en nada se diferencian de estos barrios segregados en los que se pretende mantener al negro. Pero biológicamente más fuerte, tras romper sus cadenas, amenaza hoy con hacer estallar el muro que le separa del bienestar del blanco.

Durante muchos años Luther King viene luchando para que esto se consiga sin violencias. No se trata de hacer una revolución, puesto que se acepta y se desea la sociedad del blanco. Nada hay que transformar o cambiar. Se hace pacientemente cola en espera de que al fin al hombre de color se le reconozcan todos sus derechos como ciudadano. Aunque en realidad ya no falte ningún derecho por reconocer, sino únicamente de aplicar. Lo cual significa un cambio de mentalidad y un largo periodo de adaptación. ¿Pero podrá el negro seguir aguardando durante más tiempo?

A las oraciones pacifistas han sucedido los gritos de «Matad, matad, matad» y «quemad, quemad, quemad». «Esta es la revolución negra, queremos que el mundo lo sepa», manifestó un hombre a un periodista. Un cambio muy profundo está empezando a operarse entre la resignada masa de color. Ya no se busca la integración, sino la revolución. Lo que ayer se ambicionaba, hoy se quiere destruir.

El segregacionista yanqui se ha salido, al fin, con su empeño: el negro ha tomado conciencia de pueblo. En 250.000 se calculaba, el pasado año, el número de afiliados que, en las ciudades industriales del norte, se agrupan alrededor de las sectas de musulmanes negros. Organizaciones fanáticas que practican su propia segregación

Trabajador: Si compruebas que no estás afiliado a los Seguros Sociales por tu patrón, ponte en conocimiento de la Inspección de Trabajo

—a la del blanco oponen la de su raza—, poseen una misma religión, unos mismos intereses... Se niegan a participar en la vida pública y política norteamericana, tienen sus dirigentes propios y hasta sus sistemas de autogobierno. La escisión ya no es necesaria imponerla, ahora se busca y se desea. Pero lo más temible es la fuerza de su proselitismo, ya que, entonces, se calculaba que en breve alcanzarían el millón de adeptos, como lo demuestran los actuales altercados en los estados sudistas.

GUILLERMO DIEZ

El amor, ese niño ciego



Hace diez años, ese caballero de los pantalones cortos y aire de explorador tenía setenta y cuatro otoños. Acababa de enviudar por segunda vez, precisamente de una rica propietaria americana poseedora de minas de oro. Fue entonces cuando conoció a una muchacha de quince primaveras, Lidia Caracciolo, de la nobleza romana, a quien pronto requirió matrimonialmente. Era lógico pensar que la familia de Lidia se opusiera con todas sus razones, y toda su lógica, a esta boda excesivamente desigual. Pero la insistencia de la muchacha venció todos los obstáculos. Hubo

hoda, aunque en secreto. Los padres de Lidia vaticinaron lo peor, lamentando la locura juvenil de la jovencísima esposa.

Diez años más tarde, en la actualidad, ha posado para el fotógrafo el matrimonio Tealdi a quien la cigüeña envió tres hermosos retoños. La felicidad reina en la casa de los Tealdi, alegrada por las risas de los niños, el espíritu juvenil del padre y la serenidad de Lidia.

Lo que demuestra ese tópico como una casa que dice que para el amor no hay fronteras, edades, ni condición.

M.

Cuándo Unamuno buscaba a Dios

Se levantará un monumento en bronce a Unamuno en Salamanca.

EN aquella casa vive un escritor. En la soledad de su humilde despacho, en la livida y pura luz del amanecer, piensa en España. En la antigua mesa de nogal sobre la que escribe, hay un folleto: «Unamuno, ensayista agnóstico y poeta teologal», del que es autor Pedro Rocamora. El escritor relee el folleto apasionadamente. Está escrito con inteligencia, con

pluritud, con sinceridad. Dios no concede a todos los hombres la anchura de alma bastante para escribir —como lo hace Rocamora—, con ponderaciones, con respetos, con esa estremecedora fuerza psíquica que hay en estas páginas. Este folleto es como una bandera de amistad que desde Lisboa manda Rocamora a este escritor que en la livida y pura luz del amanecer lee lentamente: «Don Miguel ha sufrido dramáticas crisis espirituales. Pero, quién puede hallarse tan exento de dudas e inquietudes sobre los problemas del alma humana de la eternidad, que pueda, lealmente, arrojar la primera piedra? Su máximo error consistió en no esconder aquel fuego que le quemaba las fibras más íntimas de la conciencia. Y éste es el más atrevido gesto del hombre. Y el que comporta mayores riesgos».

Indudablemente Unamuno, como poeta, fué un místico fabuloso. Como escritor busca la puerta del Paraíso con una angustia terrible, con una angustia que, en algunas ocasiones, le haría llorar. «Algunos de sus poemas, dice Rocamora, constituyen auténticos himnos eucarísticos. Entre la indiferencia del 98 ante toda clase de cuestiones que rayasen lo sobrenatural, el autor de «Rosario de sonetos líricos» afianza su dolorida y estremecedora religiosidad.

El folleto se extiende en consideraciones sobre Unamuno como ensayista agnóstico. En 1907 escribió: «Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanzas de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y mi consuelo. Rocamora nos lleva de la mano por aquel laberinto bronco, patético que fué el alma unamuniana. «Sus autores predilectos serían siempre San Agustín, Pascal, Espinoza, Rousseau, Leopardi, Kierkegaard, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Kant, San Ignacio de Loyola... Pascal, Hegel, Nietzsche, Bergson».

Meditemos ante Kierkegaard y Unamuno, a los que este fino, este noble, este ganivetiano Rocamora, este profundamente, sinceramente católico Rocamora, pone ante distintas ventanas desde las que ambos miran al cielo, que es la raíz, la cuna y la silla desde la que Dios contempla los Cosmos... «Mientras don Miguel sentía el matrimonio como una culminación de la individualidad sublimada por el amor, Kierkegaard se esfuerza en contemplar la relación amorosa como pecado. Y él, que nunca amó con la deliciosa violencia de una noble pasión humana, habla del riesgo de los besos, que sólo conoce intelectualmente» a través del opusculo «Disertatio Osculis».

En aquella ocasión, después de hablar con mi noble y bondadoso amigo Ayala, a quien Dios tenga en la Gloria, regresé con melancolía al hotel Italia. Ahora, en esta dulce y cálida mañana de verano, cuando el sol pone sus cabellos de siete colores sobre esta plumada, presento la presencia inmaterial de don Miguel de Unamuno y comprendo que este bravo y sabio rector de Salamanca no encontró el camino de la sencillez para hablar con los santos. Pero los santos, esos hombres sublimes y celestes, encontraron a Unamuno y le llevaron ante el Creador, cuyas manos mágicas habrán bendecido a don Miguel... Francisco FUENTENEBO

EL CABALLO DE TROYA